

Conclusión

La cultura se recrea en la tradición y ésta última es la que nos permite analizar hasta qué punto los vínculos entre individuo y tradición se mantienen o comienzan un proceso de desvinculación. Lo cual trae como consecuencia un aflojamiento de las formas sociales, haciéndolas más contingentes y fortuitas, aumentando los grados de incertidumbre y procesos de reivindicación a nuevas formas de vínculo social. A veces partimos de una máxima bastante conservadora, cuando decimos que todo pasado fue mejor, defendiendo y teorizando sobre las antiguas hostilidades, (una especie de arqueología social que va hasta las instituciones de la modernidad simple, para encontrar vestigios del pasado).

Los cambios producidos en los últimos tiempos al interior de las instituciones, en la vida cotidiana, en la ciencia, los estilos de vida, nos llevan de vuelta a replantearnos la teoría social, como un ejercicio intelectual que sea capaz de liberarnos de la incertidumbre a la cual nos ha sometido la crisis de la modernidad simple. No podemos dejarnos seducir por una teoría de la cultura, que se preocupa más por su alcance científico, olvidando su densidad diagnóstica teórica para conocer la multiplicidad de cambios que se vienen dando en los últimos años.

El análisis cultural ha quedado reducido en el estructuralismo genético funcional, que buscaba dar explicaciones sobre el origen y función de los valores para el mantenimiento del consenso de la sociedad, tratando de superar una de las principales críticas, ¿cómo explicar el origen de los valores para que estos no aparezcan como

datos?. Igualmente, el análisis behaviorista que se encargó de buscar la convergencia entre los comportamientos inmediatos perceptibles de los ciudadanos al interior de los sistemas políticos. Este positivismo, al cercenar la capacidad intuitiva e imaginativa ha evitado que se buscaran las minucias de su entorno vital y sus reacciones frente a lo que queda de cultural en su dimensión tradicional la actual modernidad reflexiva. Se revela así un reduccionismo del análisis cultural que deviene al análisis político institucional, desvinculando el análisis del texto social y cultural, vagamente percibido también por las otras ciencias.

La búsqueda de las estructuras deseadas para el funcionamiento de la democracia política es muy loable, porque si en algunos momentos hemos menospreciado los estudios institucionalistas, poniendo de relieve que por el hecho de no tener una “cultura cívica”, no deberíamos aspirar a la democracia. Si esto fuera cierto, las limitaciones que nos imponen las tradiciones que se expresan en conductas de acción política y social serían enormes al no cuadrar en los prototipos de conducta democrática operada por los conductistas y los estudio de valores. En estos términos estaríamos cediendo a cualquier salida autoritaria, dictadura o mesiánismos, porque simplemente reducimos los estudios culturalistas al análisis de las conductas, renunciando a la idea de que la conducta no puede ser dirigida por las estructuras. Si esto es así, América Latina, en términos conductistas, no tendría mucho que decir sobre la democracia.

La reivindicación en Venezuela y en América Latina de los estudios *constitucionalistas y de las instituciones*, pasa por el desarrollo de la figura contextual cultural de la *dualidad entre institución-ciudadano*, más no en términos conductistas como otrora lo hicieran los trabajos sobre “cultura cívica”²⁶⁷, en los que encontramos una suerte de reducción de las cuestiones políticas a los problema culturales, es decir, encontramos una sobredeterminación de lo cultural sobre la política, en vez de establecer relaciones un poco más precisas entre cultura y

²⁶⁷ Este es un tema de ingeniería política, que está excelentemente desarrollado por Giovanni Sartori en su libro *Ingeniería constitucional comparada* (1994). Esta apreciación sobre conducta e institución lo expone con mucha claridad en su prólogo a la edición mexicana.

política. También cabe destacar un reciente trabajo de Seymour Martin Lipset, en el cual plantea algunas premisas para investigar sobre la centralidad de la cultura política en el estudio de los sistemas constitucionales –presidencial y parlamentario- y las condiciones que contribuyen a una democracia estable basándose en la experiencia latinoamericana, canadiense y norteamericana. Entre varios de los problemas que enfrentamos en nuestras sociedades está el problema de la desinstitucionalización de las reglas de juego y prácticas políticas, lo cual dirige a formular y crear un tipo de cultura con una estructura social que agota su representación en imaginarios personalistas. Aquí se dejan planteadas las líneas que deberían seguir dichos estudios²⁶⁸.

Algunos autores han afirmado que el análisis cultural no desempeña ningún papel en los cambios que se vienen dando tan vertiginosamente. De la cultura, podemos decir - de acuerdo con Giddens- que en un primer momento buscaba en sus herramientas para tratar de orientar el pasado en aras del futuro, ahora es la incertidumbre del futuro la que orienta las decisiones del presente. La cultura es la memoria del pasado que se recrea en el presente mediante la tradición, el ritualismo y los hábitos. La cultura no es simplemente el recurso de la tradición, la costumbre, pautas de comportamiento que se estandarizan, aquella constituye todo un proceso social activo, que se transforma y recrea en su propio presente de innovación y adaptación a los ambientes sociales, políticos. Así, el presente está lleno de un pasado que atribuía al comportamiento modos de sentir y comportarse, ahora el presente más reflexivo está lleno de contingencia y vaciado de contenido tradicional. La cultura tiene su eficacia causal a puntos de comportamiento, pues se aplica a criterios de certeza sobre acontecimientos causales, no a su contenido intrínseco, pues los guardianes de su contenido activo, como era el Estado (con su contenido hegemónico), los partidos políticos (los guardianes de los rituales electorales), los individuos (guardianes de la ciudadanía), como agentes traductores de sus poderes causales y más aún, guardianes de su contenido tradicional, de sus ritos y hábitos, han perdido su capacidad orientadora y de transformación a la hora de tomar decisiones.

²⁶⁸ Cfr. Seymour Martin Lipset, 1996

La cultura tiene su naturaleza vinculada como fuerza espiritual interpretativa del presente y del pasado. Ya que ésta tiene un pasado, un presente y prospectiva (previsión). La cultura es un acto hermenéutico, interpretativo que adopta y ayuda a descifrar significados de acciones distintivas, de aquí su característica distintiva y plural. Esta característica distintiva y plural -como dice A. Giddens- es el contenido que determinó su carácter cognitivo (psicológico), y este carácter psicológico es lo que determina su variabilidad de adaptación y discontinuidad, por su carácter innovador inconsciente y compulsivo, lo que determina en gran parte la destradicionalización de la cultura²⁶⁹.

El déficit de regulación de las instituciones y el vaciamiento de su contenido simbólico llevan a los individuos a tomar sus propias decisiones sobre la base de la incertidumbre o de los sistemas expertos. Pasamos de acciones sociales y políticas cuya base de decisión se encontraba en la cultura, a acciones sociales cuyas bases de decisión se encuentran en la contingencia y la incertidumbre.

La tradición ha sido profanada, en la medida en que ésta no regula la vida de los individuos o grupos de individuos, políticamente la clase política se encuentra en su propia perplejidad, pues ha surgido una especie de desierto en los patrones culturales que definían los espacios de estructura de apoyo político, desde las explicaciones clasistas, a la dialéctica socialismo-capitalismo, izquierda y derecha, no encontrando asideros fiables, osea porque los que existen son muy complejos por su novedad y necesitan ser elaborados, producto además de la misma subpolítica. En la medida en que los gremios, asociaciones de vecinos, movimientos de intereses parciales que representan de la subpolítica, buscan con cierto éxito la capacidad de auto-organizarse, estos traducen sus intereses de valores en intereses políticos.

Igualmente, lo que se ha convenido en llamar “antipolítica” en América Latina, no es más que parte de los residuos del pasado, es que han quedado de la tradición en esta modernidad que declina, y que genera sus propias contradicciones. En los tempranos Estados de América Latina, la vigilancia de una tradición que garantizaba la integración social, estuvo en manos del caudillo, del populista de turno,

²⁶⁹ Cf A. Giddens, 1997, pp. 93-94-95

movimientos mesiánicos y partidos políticos, que se convirtieron a su turno en fuentes tradicionales de reconocimiento político o legitimidad. Los mecanismos de vigilancia fueron de arriba hacia abajo, Eran instrumentos formadores de clientelas, no basados simplemente en las ventajas materiales, sino en la imagen del súbdito no movilizado. De esta manera, los partidos se convirtieron en reliquias del pasado, desde el momento en que estos alteraron su tradición, sin llenar este vacío con nuevas orientaciones. Esto trajo como consecuencia un rompimiento (de integridad) entre el presente y el pasado, teniendo éxito los profanos de la política. Los partidos fueron vaciados así de su contenido político, trasladándose éste a otras instancias de la sociedad. Así, la agencia se ha transformado. El cambio o la transformación de la cultura política en América Latina es producto de las crisis y el desgaste de las instituciones y los actores políticos, lo cual ha traído como consecuencia un rompimiento de las identidades colectivas.

La modernidad reflexiva está vacía de mecanismos de integración, ni la cultura, ni la tradición, carisma de solidaridad, aunque estos parecen aforismos, es decir, sentencias breves. Más aún, “no se ha configurado como modelo ningún consenso del consenso postmoderno, ni todavía son semejantes perspectivas desarrolladas desarrollos posibles de una discusión teórica. Empero, la nueva crítica cultural puede apoyarse cada vez más en elementos de la sociedad real que confieren plausibilidad a sus constructos teóricos. No ha de propagarse aquí el cinismo de la discrecionalidad de los enfoques teóricos postmodernos. Sin embargo, la alusión a los desarrollos posibles agudiza la percepción de que con el retorno a las teorías normativas del pasado no pueden combatirse las tendencias a la autonomización de la clase política”²⁷⁰.

Las instituciones de la modernidad simple no poseen la reflexividad suficiente para dirigir los procesos de transformación (cultural) dirigidos a la creación de nuevos valores y el análisis de la cultura política, bajo los sistemas y estructuras, dentro de las cuales se ubican, debe dirigirse al análisis de: a) la seguridad ontológica de la política y lo político; b) al análisis del desanclaje del sistema institucional político o desestructuración. La cultura política

²⁷⁰ Beyme Von Klaus, 1995, p. 209-210

tradicional implicaba fiabilidad, puesto que esta proporcionaba a las acciones e instituciones asidero para sus prácticas.

Para finalizar, en la medida en que la sociología política se sitúa entre las ciencias de la naturaleza y las ciencias del espíritu, se ha limitado más a reivindicar las exigencias del método científico (producto del aparente éxito del behaviorismo), del estructuralismo, reduciendo las posibilidades de la imaginación e intuición. Esto ha detenido un tanto el proceso de una ciencia que ha debido ir reconociendo los significados de los tiempos. Este proceso se viene revirtiendo en la medida en que la teoría política regresa a ser vista como teoría social. A la orden de los cambios que se han ido acentuando en la sociedad se comienza ya a ceder la noción premoderna de la sociología política moderna, más orientada hacia una sociología política más reflexiva.